



EL UNIVERSO EN UN BOTÓN
Juan de Dios García Aguilera

En 1935 publica Ígor Stravinski *Crónicas de mi vida*, que no es una biografía sino un simple relato en el que el compositor hace un ejercicio de memoria intercalando acontecimientos importantes con otros menores, hecho —como él mismo cuenta en el prefacio— para presentar al lector su verdadera imagen y disipar todos los malentendidos que hubieran podido afectar a su obra y a su persona.

En un momento avanzado del texto habla de la divulgación de la música a través del disco y de la radio, dos medios de difusión que estaban en proceso de expansión en aquellos años, para decirnos que son formidables conquistas de la ciencia. Pero añade también que la ventaja que proporcionan a los autores y a los intérpretes para llegar a las grandes masas y la facilidad de acceso que suponen comporta un gran peligro:

En otros tiempos, Johann Sebastian Bach estaba obligado a caminar diez leguas para oír tocar sus obras a Buxtehude en la ciudad más cercana. Hoy, a cualquier habitante de cualquier país le basta con apretar un botón o poner un disco para escuchar la pieza que le apetece. Pues bien, en esta facilidad insólita, en esta ausencia total de esfuerzo, reside el mal del supuesto progreso. Pues en la música, mucho más que en cualquier otra rama del arte, la comprensión sólo atañerá a aquellos que aporten un esfuerzo activo. No basta con la recepción masiva. Escuchar determinadas combinaciones de sonidos y acostumbrarse a ellas no implica necesariamente haberlas entendido o asimilado, pues es posible escuchar sin oír; del mismo modo que es posible mirar sin ver. La falta de esfuerzo activo por parte de éstos y la tendencia que desarrollan hacia lo fácil vuelven a la gente perezosa.

¿Les suena?

Es sabido —y ustedes ya lo habrán comprobado en cierta medida, porque ocasiones no faltan— que el ser humano tiene hoy acceso a casi cualquier producto cultural que se haya producido, digamos que, en la Historia; a menos que se ignore de su existencia o que haya sufrido algún proceso de destrucción irrecuperable.

Sucede que el mundo se ha convertido en una inmensa base de datos, lo cual no está nada mal. Pero tener codificado el conocimiento, la posibilidad de acceder al mismo, no es lo mismo que haberlo hecho. A esto se refiere Stravinski. Mirar el cuadro de *Las Meninas* no es lo mismo que verlo. Y el problema —de enorme magnitud— es que la gran mayoría del público prefiere creer que sí, y abandonan el *Museo del Prado* convencidos de que efectivamente lo han disfrutado y se llevan el cuadro en la retina. Y al que gestiona la política cultural del museo ésto, sin duda, le conviene, y se puede comprender, porque un visitante que queda feliz es la mejor propaganda para la institución. Ese visitante intentará volver pronto, hablará bien de la casa y animará a sus conocidos a que acudan a Madrid a ver el cuadro de Velázquez.

Pero ese visitante ignora que *Las Meninas* puede ser mucho más que lo que él ha visto. Que el cuadro es una experiencia única, una comunicación en el tiempo con el pintor sevillano, que precisa de mimo, atención y preparación; y no tanto una preparación técnica sino actitudinal, la que te habilita a percibir los mensajes de la pintura. Porque como dice el pintor Juan Genovés, un cuadro siempre está hecho para pensar; y ver y pensar el cuadro es la experiencia enriquecedora que de momento le está faltando a nuestro visitante. Él se merece tener esta experiencia y, por supuesto, Velázquez también se merece que sus congéneres tengamos tal experiencia con su obra.

Hoy en día tenemos un gran problema porque a todo fenómeno que suene, que tenga ritmo, altura y algo de expresión, o incluso sin ella, lo llamamos música, y visto así, la música lo invade todo. Hay música en el supermercado, en los comercios, en los bares, el tren, el barco, las terrazas, la peluquería, la consulta del médico, la del dentista, la publicidad, los mercados, las iglesias, la radio, los noticiarios, las emisiones deportivas, las discotecas. No existe el silencio porque llenamos cada segundo de nuestra vida de música, que es una sustancia que lo invade todo, de la que resulta imposible librarse. ¿Y qué valor tiene esta música? ¿esta música omnipresente? ¿esta música cada vez más anónima e impersonal? ¿es una parte más del atrezo? No dice nada, sólo está. Parece que está ahí para impedir que se produzca el silencio, que el silencio es como una metáfora del vacío, un vacío al que todos temen. Nadie quiere el vacío.

¿Es esta una experiencia estética?... ¿es siquiera una experiencia?...

Se argumenta que jamás la música ha tenido tanta relevancia social como la que tiene hoy. Y puede ser. ¿Quiere ello decir que la sociedad es más receptiva al arte de la música? Pues no. Los poderes públicos se interesan por la música en la medida en que se presenta como espectáculo, como en Roma interesaba el circo. Nuestra sociedad —sociedad de masas— se moviliza hacia las manifestaciones espectaculares, y esta preferencia por el espectáculo es priorizada a la hora de gestionar la cultura. Mueven más el fútbol, los conciertos y macro-

conciertos de rock, los espectáculos urbanos con luces y fuegos de artificio, las ferias de arte, las performances, las fotografías de miles de personas posando desnudas o el cine comercial, que no exigen un esfuerzo activo extraordinario y a los que sólo basta con enchufarse un poco para entrar en sintonía, que seguir durante una hora una sinfonía de Mahler en una sala de conciertos. ¡Qué poca gente está dispuesta a dejarse llevar durante una hora por Mahler! ¡sentados en un patio de butacas! ¡permitiendo que otra persona gestione nuestro propio tiempo! ¡nuestro valioso y amado tiempo! ¡rehenes de Mahler sin saber si nos gustará, si nos arrepentiremos! ¿y qué pasará si no nos gusta? ¿podremos levantarnos de la butaca y salir?

La solución la tenemos en casa: me voy a You Tube, o a Spotify, busco la misma sinfonía interpretada por la orquesta que yo quiero y dirigida por uno de mis directores predilectos y le doy al botón, como dice Stravinski. Que no me gusta, pues lo paro. Que tengo que irme o que se me está haciendo muy larga, pues también la paro. Que me quiero saltar el tiempo lento, me lo salto y no pasa nada. Que mi tiempo es mío.

Estamos obsesionados con el tiempo, con nuestro tiempo, y creemos que no lo tenemos, que nos falta, que nos lo roban, cuando en realidad sólo somos unos malos gestores del mismo. Y yo no voy a decir más sobre el tiempo porque ya Camilo José Cela, que era un sabio arisco y desaborido, lo dejó dicho de mejor manera en sus *Lucubraciones de un lego pasmado*:

El hombre de nuestro tiempo tiene más tiempo del que cree, pero menos del que quiere: del que quisiera, tal vez. Al hombre de nuestro tiempo hay que enseñarle a no perder el tiempo para que se dé cuenta de que todavía tiene tiempo para todo: incluso para mirar de balde la mayor riqueza que los siglos pudieron almacenar jamás.

La música, la música culta que es un patrimonio increíble que nos pertenece a todos, pero también otras músicas que se lo toman igualmente en serio, que nos hablan, que nos cuentan cosas que no sabemos, que nos hacen pensar, son una experiencia que todos merecemos. La música es cultura, es arte, por sí misma. No necesita edulcorantes ni catalizadores. A veces se nos dice, como para darnos una lección de cómo se deben gestionar las cosas, que los conciertos deben ser más espectaculares porque la gente se mueve por el espectáculo. Que debemos cuidar la iluminación, la puesta en escena, la publicitación del acto, etcétera, y es posible que sea así. Estoy seguro que de esa manera conseguiremos un ambiente más agradable para nuestros conciertos. ¿Pero esto hará que mejore la comunicación de la obra? ¿O sólo estamos pensando en retener al espectador en la butaca? Stravinski no hablaba de esto. Él hablaba de entender la música y de saber oír. Eso no se arregla en la sala de conciertos.

